



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10778

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ño.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 5 DE OCTUBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PEREZ LURBE

12, CASTELLANI, 12

Material completo para minas,
obras públicas, agricultura

construcción

Instalaciones de máquinas

extracción y desagüe. Especiali-
dad en cables y cadenas de aba-
cá, acero y hierro

Vías, rails, wagonetas, picos,
martillos, azadas, legones, pa-
las, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, man-
driles y toda clase de maquina-
ria.

FIN DEL MUNDO

El señor Sagasta, pues lo
la crisis presentaba a la Reina la
lista de los ministros, que le ha-
dado su confianza; los nuevos
consejeros de la Corona han pre-
tado el juramento de fidelidad que
determinan las leyes, y se ha po-
sionado de sus departamentos
respectivos, comenzando a segui-
da el destierro para tejer inme-
diatamente, o lo que es lo mismo el
decretar cesantías para conferir
los puestos que resulten van-tes
a los amigos que siguieron a los
directores de la política liberal en
su destierro del poder.

Para los amantes de ayer ha lle-
gado la hora de las satisfacciones
y de las tristezas. En cambio en
el campo opuesto se plantea un di-
lema terrible, pues allí la crisis del
gobierno se torna en crisis econó-
mica de la peor especie, porque su
prime golpe el presupuesto de
ingresos del hogar.

Como la política voluta-
de la crisis en ese campo lo dice
«El Nacional» en estas palabras,
que no se reñen por lo hu-
miles ni por lo respetables.

«La Corona ha ejercitado su pro-
piedad de donar a España, y el
fruto de este ejercicio, un gabinete li-
beral».

«El breve espacio de un mes ha ba-
stado para que se rompa en pedruzcos la
leyenda popular del general Azcárraga.
Aquel hombre, empujado por el plebis-
cito nacional al principado de la mi-
seria, esperanza de la patria para los
momentos supremos de la lucha an-
gustia, gloria incruenta, pero purísima
de nuestras empresas militares, en tor-
no del cual agrupábase que podían
agruparse un día los personajes de to-
dos los partidos, ha venido a deshacerse
prosáicamente, sirviendo de música
de entradito que dirige la tragedia de
Santa Agueda del fin de esta liberal».

«Mala temporada para los generales.
En los campos de batalla ó en estos
campos de la política, vamos todos a
porfia destruyendo los prestigios ciertos
descubriendo el secreto de los supuestos

«Cuando gozábamos el poder con in-
tención de que el general Azcárraga
concertase nuestras voluntades, veni-
mos a perderlo con mengua de la ha-
bienda y dejando una autoridad más
en el arroyo».

«Ayer estábamos sin jefe; hoy está-
mos sin jefe y sin poder. La grande
obra de Cánovas no encuentra brazo
que la sostenga, y vacila en sus cimiel
tos amenazando sepultarnos a todos».

«¿A qué engañarnos, ni qué lograría-
mos con ese pueril empeño? Nos pare-
ce más práctico dar el golpe de alarma
y advertir a los conservadores que ha-
llagado el momento más crítico de
nuestra existencia».

«Qué equivoco aión más terrible
que hace el colega! El poder lo ha-
dado ahora la política. La crisis
era nacional y la nación se ha ocu-
pado de sus destinos».

«Hace dos años, esa misma opi-
nion señalo a los amigos del cole-
ga como los preferidos para que la
dirigieran y gobernaran y «El Na-
cional» hizo su blgto».

«Ahora les vuelve la espalda y
le incomoda el colega y se revuel-
ve contra sus propios compañe-
ros».

«El acto no será de justicia, pero
tampoco es de conveniencia».

Porque los políticos se deben a
la opinion y en ella se apoyan pa-
ra vivir la vida del poder».

TIJERETAZOS

«El Nacional viene furioso contra el
Sr. Silveira».

«La mayoría del Congreso se revuelve
contra sus jefes y les pide ex-
plicaciones de su conducta».

«Ya a dar gusto oír a Cos-Gayón cuan-
do le interpele cualquier yerno».

«¿Quién es usted para contribuir
con sus decisiones a ponerme el ex-
dante del diputado?»

«Hombre, le diré—contestará el ex-
ministro:—yo soy el que le dió el acta».

«El general Weyler da cuenta en tele-
grama oficial de una operación victo-
riosa llevada a cabo en la provincia de
la Habana».

«Y termina de este modo el despacho:
«Con esta batida, y ocupación de dichas le-
mas, confío en que la provincia de la Habana
quedará pacificada en todo el mes de Octu-
bre»».

«Pacificada».

«Pues, ¿no lo estaba ya?»

«¿Qué tal sería la pacificación de esa
provincia que ni el mismo que ni el
mismo que la pacificó ha creído en
ella?»

«¿Qué colmo!»

GLORIAS NACIONALES

COMBATE NAVAL DEL CABO DE SANTA MARIA

5 de Octubre de 1804

No sin razón goza la nebulosa Ingle-
terra fama de poco noble en sus con-
tratos y relaciones políticas con los de-
más pueblos. El carácter astuto, ex-
traivamente egoísta de sus hijos, ha mo-
tivado que la historia registre hechos
en pugna con las leyes del honor; uno
de tantos es el que hoy nos ocupa; pues
a consecuencia de haber ordenado el
gobierno británico, sin previa declara-
ción de guerra que sus barcos acom-
pañaran a cuantas naves españolas halla-

sen, echando a pique a las que su por-
te no excediera de cien toneladas, el 5
de Octubre de 1804 cuatro grandes fra-
gatas inglesas repletas de vivo fuego de
cañon sobre otras cuatro españolas
más pequeñas que venían de América
conduciendo cuatro millones de oro,
bien ajenas de lo que iba a ocurrir.

Sorprendidos los marinos españoles
por aquel brusco e inesperado ataque,
se aprestaron a la defensa. No duró
mucho tiempo la lucha, pues siendo de
menor porte los barcos españoles que
los ingleses y estando peor artillados la
desventaja en el combate era grande,
y como consecuencia de ello una de las
naves fue incendiada y las restantes
tuvieron que rendirse, después de ha-
ber agotado sus municiones y de haber
hecho sus tripulantes una defensa he-
rónica y digna de la patria, a cuyo pa-
belón tenían abrigos».

(Prohibida la reproducción).

EL NUEVO MINISTERIO

Excepción hecha de los ministros de
la Guerra y Marina, que no han jaja-
do en la política papel alguno, los mi-
nistros del gobierno que preside el se-
ñor Sagasta son sobradamente conoci-
dos. Sin embargo y aunque sean ho-
meopáticos, por no permitir otra cosa
el espacio de que disponemos, daremos
algunos datos biográficos de dichos
personajes.

SAGASTA

Nació el 21 de Julio de 1827 en To-
rrecilla de Cameros, provincia de Lo-
roño. Tiene, pues, setenta años. A los
15 años ingresó en la escuela de Cami-
nos, Canales y Puertos para seguir la
carrera de ingeniero, terminándola
con gran brillantez.

El partido progresista le contó siem-
pre en su seno y desde la revolución
de Julio de 1854 hasta la del 68 no ha-
yó sucesos de importancia en que dicho
partido tomara parte que no contara
con el provechoso esfuerzo y la firme
voluntad del que comenzó su carrera
política en las barricadas para elevarse
a las cumbres del poder.

Sus campañas periodísticas en «La

Iberia» y la parte activa que tomó en
los intentos revolucionarios del general
Prim le azararon persecuciones y
procesos y sentencias de muerte, de las
cuales libró huyendo al extranjero

El 3 de Enero de 1866 se sublevó con
Prim en Villarejo de Salvanés y para
huir la persecución de las tropas orde-
nó y dirigió la cortadura del puente de
Fuentidueña.

En Junio del mismo año entró ocul-
tamente en Madrid sublevando a los
sargentos del cuartel de San Gil; pero
siéndole contraria la suerte, se ocultó,
apareciendo luego en Londres, donde
siguió conspirando para preparar la
revolución que estalló más tarde en
Cádiz y en la cual vencieron por fin los
liberales.

El Sr. Sagasta constituyó hoy la gran
figura del partido liberal y sus sabore-
dinados no solo le respetan como jefe
sino que le veneran como a padre.

(Ministro de Ultramar)

Seis columnas de menuda letra dedi-
ca a este ilustre personaje el «Diccio-
nario Enciclopédico» y esa sola de la
forma de su importancia.

Nació en Cádiz el 2 de Junio de 1838.

Hasta la revolución de Septiembre
puede decirse que no nació a la vida
pública. Su parentesco con personas de
ideas en un todo disconformes con las
suyas y el cargo de secretario de la So-
ciedad de San Vicente, de Paul que de-
sempeñaba, le impidieron tomar parte
en los trabajos revolucionarios que pre-
cedieron al alzamiento, pero una vez
triumfante éste, sus ideas lo llevaron al
olímpe de la democracia, en donde se
afió y aún continúa.

Diputado de las Constituyentes, se
distinguió tanto por su oratoria y sus
iniciativas que mereció que Rivoro le
diese la subsecretaría de Gobernación
y que lo hicieran ministro de Ultramar
en 1870.

Partidario de la accidentalidad de las
formas de gobierno dió su voto a la re-
pública cuando D. Amadeo renunció al
trono; volviendo después de la restau-
ración al campo de la monarquía.

Ha desempeñado distintas carteras y
en todos los ministerios de altura for-
mados por el partido liberal es neces-
aria su presencia como representante de
la escuela democrática.

CARLOS II EL HECHIZADO

866

«Félicis rancia pomeñad licoa Bravo, pesandada
vistrade endampados de licoa, meapamoa el licoa, a
a pomeñad licoa a obnagui, obnagui, obnagui, obnagui,
Cadietnar no ba pomeñad, confermandose con la
opintor del capitan».

«Amigo Bodoni, presiguió éste, nos gusta la sala
grande y en ella pensamos instalarnos. Ahora espe-
ramos de vuestra amabilidad nos sirváis los me-
jores vinos de vuestra bodega y los más agradables
encontrados y suculentos manjares de vuestra escua-
rate».

«Os serviré con el esmero de siempre.
No me conformo con eso, contestó Santisteban,
hasta aquí os hemos dejado que nos obsequies a
vuestro gusto, esta noche quiero que nos obsequies
al gusto nuestro».

«¿Y cómo? preguntó Bodoni, asomado a sus la-
bios una equívoca sonrisa».

«De un modo muy sencillo, contestó el conde.
Bajando con vos a la bodega, y ver si de este modo
nos servís el vino mas espirituoso; escoged, amigui-
dadas guisoa una regaleadose, si no, ninguno de
vuestros galopines de cocina pueden adularnos y
trasportarlos a esta habitación. Ved aquí el asunto».

«¡Oh! ¡acaso no merezco vuestra confianza!»

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 867

«Todo al contrario; pero esta noche ha de ser
der así, amigui, amigui, amigui, amigui, amigui,
Bodoni, se encogió de hombros con amable con-
descendencia».

Santisteban miró de soslayo a sus amigos, por si
aprobaran aquellas medidas conservadoras y notó
con alegría que todos se hallaban conformes con su
plan».

«Yo os acompañaré en esa expedición gastronó-
mica, dijo Monte-Azul, sonriéndose; pero con el ob-
jeto de que el conde no fuese solo. Estoy a vuestra
orden».

«Y ya a las vuestras, repitió Santisteban, diri-
giéndose a Bodoni».

Este dispuso que se encendiera una antigua lám-
para para que existía en el salón y en seguida tomando
la buja que les había alumbrado hasta allí, salió pre-
cedido del conde y de Ernesto».

Quedaron solos Leon Bravo, Alvarado y Pantoja.
Este último acababa de examinar minuciosamente
todo el ajuar de la sala y cada le llamó la atención
Con todo, le restaba hacer un estudio topográfico de
la situación y forma de ella; y ya encontró momen-
to mas oportuno que el presente».

Lo primero en que grabó sus penetrantes miradas
fué una escalera de madera con un toco barandeaje

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 870

un apetito voraz en aquellos estómagos llenos de
vida al percibir el perfume agradable de los guisa-
dos, y al examinar la variada perspectiva que pre-
sentaban».

Era consiguiente que se tranquilizasen los áni-
mos y que desechando tal vez fantásticos temores se
dispusiesen a ombestir a la opipara mesa que aca-
baba de disponer el florentino Bodoni».

Así se hizo al punto; cada cual ocupó el sitio que
le pareció mas oportuno, y ya las manos se dirigían
hacia las botellas, cuando Leon Bravo, siempre
frio, como si no experimentase sensaciones de nin-
gun género, exclamó:

«Un momento, señores».

Todos volvieron la cabeza con curiosidad.

«No puedo detenerme, contestó Santisteban».

«¡Oh! es preciso, dijo el conde, que antes de comen-
zar el conde notó en la noble mirada de su amigo
ro un deseo importante».

«Obedece, dijo observándolo».

«Puesto que estamos preparados a comer con
gusto, calma y sosiego, es necesario que nos quite-
mos de encima algunas cosas».

«Si os molestan las espadas, exclamó Bodoni».

«No; las espadas sirven para abrigarnos las espal-
das; pero estas pistolas me molestan con su peso».